



CRÓNICA

ROSA REGÀS

**VIAJE A LA LUZ
DEL CHAM**

DAMASCO, EL CHAM, UN PEDAZO DE TIERRA
EN EL PARAÍSO

Rosa Regàs viajó hasta Damasco (1993) y durante dos meses se dedicó a recorrer Siria con la intención de escribir un libro sobre ese rincón de Oriente donde los zocos desprenden múltiples olores y los beduinos conocen el desierto como la palma de su mano. *Viaje a la luz del Cham* es el resultado de ese viaje en solitario, una invitación a la aventura y al descubrimiento de parajes inolvidables: Las calles de Damasco, los olores penetrantes de sus zocos, la forma de convivir con sus gentes, la extraña luminosidad de los atardeceres, los mágicos encuentros, se suceden e intercalan con los viajes por el país: el valle del Orontes, el valle del Éufrates, Palmira, Mari Ugarit, Afamia, la otra cara del Mediterráneo, la blanca Alepo, los Altos del Golán, los poblados rusos drusos del sur, los desiertos y sus míticos beduinos.

I. El viaje.

En el aeropuerto de Madrid una señorita de Información me reprendió porque me empeñé en saber a qué hora salía mi avión. Al facturar el equipaje en el mostrador de la Royal Jordanian me habían dicho que el vuelo salía a las 11, y así constaba en mi tarjeta de embarque.

Habían transcurrido más de dos horas sin que en la pantalla figurara la palabra Ammán o Damasco.

Me dirigí a Información.

—Oiga, ¿qué quiere que le diga? Aquí no viene —dijo la empleada mirando su pantalla particular con la que parecía dialogar con mayor cordialidad.

—Sin embargo —insistí—, en mi tarjeta dice que el avión va a salir a las 11 y ya son las 11:30.

—¿Y a mí qué me cuenta? —respondió de malos modos—. ¿Qué quiere? ¿Que le ponga un avión para usted sola?

—Es una posibilidad —respondí procurando no perder la calma y recordando con nostalgia las épocas en que la gente que en España trabajaba de cara al público era amable y alegre sin excepción—. Disculpe, pero creí que estaba usted aquí para informar.

—¿No le digo que no viene? Vaya a preguntar a las Líneas Aéreas Jordanas.

—He pasado ya la frontera y no puedo salir otra vez.

—Esto no es culpa mía.

—No he venido a acusarla, señorita, sino a pedir información.

—Y yo le doy la información que hay. ¿Qué más quiere que haga? —Estaba furiosa, el pelo se le había erizado y tenía las mejillas rojas como un tomate—. ¡Anda ya! —añadió sin mirarme y se sumergió en los secretos tecnológicos de su ordenador.

Como no tenía otra cosa que hacer, quizá también para entretener mi desazón y borrar la afrenta que supone ese tipo de trato, y fiel al principio de que quien no protesta es carne de cañón para la esclavitud, di la vuelta al mostrador circular, pedí a otra señorita una hoja de reclamación y me senté en un banco a rellenarla y a contarle a un hipotético responsable lo que me había ocurrido con esa amable señorita que cobraba todos los meses un sueldo por dar información a los clientes.

—Perdone que la moleste.

Alguien se había sentado a mi lado.

—He oído su altercado con la señorita. Yo también voy a Ammán. ¿Va usted por negocios?

—No, no. Yo no voy a Ammán, voy a Damasco.

—¿Por turismo?

Tenía un leve acento que me fue imposible localizar. Era alto, y debía de tener entre cuarenta y cincuenta años, llevaba bigote y los ojos a la fría luz de los neones parecían grises. Iba vestido con elegancia pero había algo raro en su vestimenta: los pantalones y la americana pertenecían a trajes impecables aunque levemente distintos. Es un espía, pensé, y le miré con aprensión.

Unos días antes había cenado en París con Moannes, un amigo libanés que vivía en Francia desde hacía varios años, para que me hablara de Siria. Vete con cuidado, me había dicho, todos son espías, el guía lo es, y el camarero, y el barman, y el vendedor callejero.

¿Qué van a espiar?, me pregunté entonces, y sin darle mayor importancia imaginé un elemental Circus árabe pululando sus miembros por el desierto romántico en busca de información secreta.

El caballero del aeropuerto insistió:

—¿Va por turismo?

—En cierta manera sí.

—¿Está en un grupo? —La pregunta que habrían de hacerme a todas horas durante el viaje los *maîtres* de los hoteles, los camareros, los guías de los museos, los espontáneos que me abordaron en la calle, las nuevas amistades.

—No —respondí sin dejar de escribir—. Voy a visitar el país y a vivir en él durante unas semanas. —Y pregunté a mi vez—: ¿Es usted sirio?

—Soy palestino y vivo en Jordania.

—Habla muy bien el español.

—Mi abuela era española.

Hubo una pausa, yo seguía escribiendo.

—Disculpe si la molesto otra vez, pero ¿no cree usted que protestar por una bobada no es la mejor forma de comenzar un viaje?

Levanté la vista hacia él que me miraba sonriente. Sí, era cierto, tenía los ojos grises. Sonreí a mi vez:

—¿Qué es lo que le hace suponer que necesito un consejo?

—En realidad nada —respondió sin inmutarse—, pero en cambio está claro que precisa información: ha habido un error en las tarjetas de embarque, el vuelo de la Royal Jordanian no sale hasta las 13:20, llegaremos a Viena a las 15:30 de la tarde y a Ammán a las 21:40, y lo más probable es que usted no este en Damasco hasta las 12 de la noche. No es un retraso del vuelo, es que es su hora de salida, se lo aseguro. De ahí que no haya aparecido aún en la pantalla. Así que nos queda todavía más de una hora. ¿Por qué no tomamos un café?, o si lo prefiere —añadió con fingida turbación—, hágame usted el honor de dejarme que yo la invite.

Ismail Kerak no era un espía.

Más que en el café fue en el avión donde comencé a conocerle aunque viajaba en primera y yo en turista.

Embarcamos, como él había dicho, a las 12:30 y despegamos de Barajas a las 13:25, y cuando las luces se apagaron de nuevo después de una breve escala en Viena, mientras yo contemplaba de soslayo sobre el ala del avión los definidos límites y los intensos colores de los campos, amarillos, verdes y ocres, de la Europa oriental, vino a sentarse a mi lado e hicimos juntos el viaje hasta Ammán. Había nacido en Haifa, Palestina, en 1941, donde su padre había sido médico, y vivía en Jordania desde que la familia se vio obligada a abandonar el país de sus antepasados en 1949, un año después de que las potencias occidentales, dijo, regalaran su país a los sionistas y les autorizaran a constituirse en Estado en nombre de un dios que apenas es reconocido por una décima parte de la humanidad. Era médico neurólogo y trabajaba en un hospital de Ammán. Había ido a Londres a un congreso y había hecho escala en Madrid donde su madre tenía familia. Más tarde habló de Damasco y las informaciones que me dio vinieron a añadirse al exiguo bagaje con el que había iniciado el viaje: unos cuantos libros, tres contactos previos, una guía inglesa de Siria de 1982, un mapa, una brújula, una linterna y el cuchillo suizo de mil usos que había de perder sin utilizar a los pocos días de mi llegada a Damasco.

—¿Por qué llevas esa extraña impedimenta de espeleólogo? —preguntó tuteándome de repente como si la vista de ese ridículo cuchillo le hubiera dado, como en los doblajes de las películas españolas el beso, la confianza suficiente para abandonar el usted.

Le dije que así lo aconsejaba mi guía británica y que Moannes, mi amigo libanés, me había dicho que en Siria había restricciones de luz.

—Es cierto, pero ¿para qué el cuchillo?

—Un cuchillo es siempre útil —dije quitándole importancia, porque de pronto aquel cuchillo por suizo que fuera, más parecía un arma de defensa rudimentaria e insultante que un instrumento de auxilio para abrir botellas y cortar

lianas, y pregunté—: ¿Es cierto que el país es seguro, incluso para una mujer que viaja sola?

—Es cierto, ya lo verás. Una mujer sola puede viajar si no tiene miedo a perderse —(y siempre que no sostenga la mirada a los hombres y vista con cierta decencia, decía la guía). Me contó entre otras cosas que el cambio oficial del dólar en Siria era tres veces inferior al cambio que se les hacía a los turistas, y el verdadero, es decir, el que se conseguía, por ejemplo en el Líbano, cinco veces. Los hoteles resultaban muy caros para los extranjeros porque tenían que pagar en dólares un precio calculado sobre la base del cambio oficial. Se podía ir al Líbano o recurrir al mercado negro, pero había mucha vigilancia—. Además la vida en el país es, en general, tan barata, que un turista, o tú —dijo corrigiéndose enseguida—, que no vas a estar más que unas semanas, no tienes por qué crearte problemas.

Cuando a las diez de la noche, las nueve hora española, llegamos a Ammán, nos citamos a cenar al cabo de tres semanas, el sábado 21 de mayo, en Damasco a donde él tenía que ir de todos modos, en el restaurante Sahara cuyo nombre y dirección anotó en árabe en mi agenda para que yo pudiera mostrárselo al taxista.

—Sin embargo —añadió—, todos lo conocen. Es el restaurante de la oligarquía y de los burócratas.

—Y ¿qué haremos nosotros allí? —le pregunté.

—Has dicho que quieres verlo todo, ¿no es así?

—Así es.

Nos despedimos en Ammán y cuando se fue por la salida de control de pasaportes y recogida de equipajes aún me dijo adiós con la mano tras el cristal, y yo, que estaba en tránsito y tenía ante mí una hora más de viaje, subí la escalera que llevaba al piso superior para recoger la tarjeta de embarque del vuelo Ammán-Damasco. Embarcamos con tal rapidez que apenas tuve tiempo de comprender por qué ese aeropuerto parecía tan irreal.

Solo cuando dos meses más tarde, ya de vuelta a España, tuve que permanecer en él más de una hora junto con millares de blancos peregrinos que volvían de La Meca y se dirigían a sus respectivos países, me di cuenta de que la opaca luz casi cenital que permanecía etérea en mi memoria, se debía a unos neones semiescondidos en los paneles del techo que se habían encendido porque había caído la noche en el Levante, y no, como yo había creído entonces abrumada por el cansancio y cierta inquietud, a que la neblina o la arena del desierto se hubieran filtrado por las rendijas de las puertas y ventanas dejando el vestíbulo borroso como una quimera.

La llegada

Al salir del avión en Damasco, en ese anónimo espacio de paso donde se conectan mecánicamente los pasillos, me detuvo mi propio nombre escrito en una pancarta de cartón que sostenía en la mano un hombre vestido con un traje oscuro, y junto a él otro de pelo blanco y gafas con montura de oro intentaba adivinar qué cara tendría ese nombre.

—Soy yo —dije acercándome.

Nasser Kadur, uno de mis tres contactos previos, era amigo de un amigo del marido de una amiga. Nos habíamos cruzado diversos fax y me había insinuado que quizá fuera a esperarme. Era un alto ejecutivo, no había más que verle, y también vivía en Ammán, Jordania, y aunque me había dicho que iba a menudo a Damasco, no imaginé que estuviera en el aeropuerto.

A partir de ese momento apenas guardo más que vagas imágenes de mi llegada. Sé que le entregué mi pasaporte y el billete como quien entrega sus credenciales y él los entregó a su vez al chófer que desapareció mezclado con los pasajeros. Nosotros entramos en una gran sala con un único, inmenso cuadro, la fotografía del presidente Hafez al Assad colgando del techo, y una apretada hilera de sillones a lo largo de las cuatro paredes. La luz era tenue y yo tenía, siempre tengo en los aeropuertos, la sensación de que sigo llevando gafas de sol. Al poco nos sirvieron té azucarado con hojas de menta que bebimos mientras Nasser Kadur me contaba el programa que había preparado para el día siguiente. Era un hombre cordial y simpático, nada impresionado por el hecho de que no nos conociéramos y que pretendía que yo le explicara entonces en qué iba a consistir mi trabajo en Siria. Pero apenas me daba tiempo a responder, subyugado él mismo por una nueva pregunta que

anteponía a las anteriores. Al poco apareció el chófer con mis maletas. Me dio el pasaporte y me mostró un papel impreso y sellado que, dijo en un inglés muy correcto, no debía perder por nada del mundo ya que sin él no se me permitiría abandonar el país. Creo que en aquel momento no le di al papel blanco de entrada la importancia que tenía y aunque lo volví a guardar cuidadosamente con el pasaporte, me olvidé de él.

El aeropuerto está al borde del desierto, pero a menos de un kilómetro enfilamos una carretera oscura y entramos en una zona de frondosos árboles (el Guta, el oasis de Damasco, supe más tarde) y seguimos en línea recta durante unos treinta kilómetros. Cuando aparecieron las primeras luces y atravesamos la ciudad casi vacía, eran las dos de la madrugada. Pasamos ante un edificio cubierto con carteles del presidente Hafez al Assad —la antigua estación de donde partían los trenes que iban a La Meca, me dijo Nasser— y llegamos al Cham Palace Hotel donde yo tenía reservada una habitación para un mes. Mientras rellenaba los impresos, sin darme cuenta apenas de dónde estaba, Nasser me dijo que al día siguiente, a las nueve de la mañana, vendría Fathi, el chófer, a buscarme para iniciar las entrevistas que había preparado con los ministros y directores generales.

—¿Ministros? ¿Por qué ministros?

—Tenemos que ver al director general de Información. Es un requisito que han de cumplir todos los periodistas y escritores que vienen a Siria. Iremos también a Turismo y a Cultura, a Exteriores...

Estaba demasiado cansada para indagar.

—Buenas noches —dijo Nasser—, descansa. —Y se alejó a paso rápido, con la misma energía con que había aparecido y esa prisa nunca acelerada que caracteriza a los ejecutivos poderosos y ocupados.

Iba a entrar en el ascensor cuando me cerró el paso un caballero corpulento, vestido con un impecable *blazer* azul marino, camisa azul celeste y un pañuelo de seda con bo-

rosos arabescos. Tenía esa tez morena que los elegantes lucen en pleno invierno y cierto parecido con don Juan de Borbón, aunque más joven.

—Soy Gil Armenguè, embajador de España en Siria — me dijo.

Mi segundo contacto había venido a darme la bienvenida y a invitarme a cenar al día siguiente en su residencia.

Bien, me dije, mientras subía a mi habitación, derrengada por el viaje y sin otro deseo que dormir, ya tengo trabajo para mañana.

Mi única preocupación cuando desde España imaginaba por dónde comenzaría a conocer el país, había sido qué iba a hacer el primer día: llego por la noche, me decía, duermo, me levanto por la mañana y deshago las maletas. Y luego ¿qué?

¿A dónde voy? ¿Por dónde empiezo?

Pues bien, ya está salvado ese temido primer día, pensé un instante antes de caer dormida sobre los mullidos colchones de la cama del Cham Palace. El Cham, el antiguo nombre de Damasco, la capital de la Gran Siria que durante milenios abarcó un vasto territorio que se extendía desde el sur de la actual Turquía hasta el Mar Rojo y desde el Mediterráneo hasta el Éufrates en el noreste o las fronteras con el Iraq y las estepas de Arabia en el sureste. Todo lo que hoy llamamos el Líbano, Palestina, Jordania y Siria. Cham, que significa «un pedazo de tierra en el *firdaus*», en el paraíso.

Mi casa

Me desperté muy pronto y corrí a la ventana. Diez pisos más abajo y opaca por el cristal ahumado, la calle bullía de animación. Los coches y las gentes se entorpecían unos a otros tratando cada uno de avanzar, pero en silencio. En un tenue y lejano sonido de fondo descubrí las bocinas apagadas, en sordina, intenté abrir la ventana sin lograrlo, y esa primera visión sin color y sin sonido de Damasco, la ciudad con la que había soñado durante días y noches, me dejó indiferente. Mi habitación, además, tenía ese punto de frescor artificial que parece mantenernos en formol.

En la mesita de noche, como un presagio, una premonición o quizá una advertencia, descubrí la figurilla en metal dorado de los tres monos: uno se tapaba los oídos, el segundo la boca, el tercero los ojos.

No sé qué voy a escribir sin poder ver, ni oír, ni hablar, y un tanto desconcertada bajé a desayunar.

El vestíbulo, los salones y el comedor estaban llenos de público.

Pero poco había que ver. Los ricos del mundo son tan iguales entre sí como los productos de las tiendas de los aeropuertos: hablan el mismo inglés gangoso y estridente, tienen el mismo aire luminoso como si se acabaran de estrenar y se visten de la misma manera: iguales camisetas Benetton y los mismos zapatos Reebok, los chicos; blusas de seda caqui —estamos cerca del desierto— y exagerados pendientes las mujeres, y los caballeros, sean americanos, pakistaníes o colombianos, jóvenes lobos de los negocios o experimentados y sagaces financieros, el mismo corte de traje, el mismo reloj Ebel con pulsera de oro, el mismo perfume a medio camino entre el aroma del tabaco y el jabón de afeitar. ¿Serán los pobres y los humillados los únicos ca-

paces de defender el carácter de sus pueblos? Quizá lo demás a fin de cuentas no sea más que política y folclore. Y mi primer café tenía el sabor amargo, no del cardamomo del café árabe que tanto había de beber después, sino de la inquietud y el desaliento.

Cuando a las nueve Fathi, el chófer, vino a buscarme y ya íbamos camino de la casa de Nasser Kadur, le pregunté en inglés:

—Fathi, ¿conoce usted un pequeño hotel más modesto donde se hospeden las gentes del país y donde yo pueda dejar mi equipaje cuando me vaya a Alepo o Lataquia?

—No, no hay hoteles intermedios. O son de lujo, o son simples pensiones un poco destartaladas, y para estar seis semanas no se los aconsejo.

—¿Por qué no? —quise saber.

Se quedó callado.

Apoyé los brazos en el asiento que tenía enfrente y me asomé a la parte delantera para que me oyera bien:

—¿Y no hay en Damasco apartamentos amueblados?

—Pues... sí, quizá sí los haya, quizá alguien que se va a Europa o América podría alquilarle el suyo, pero claro, hay que saber; podemos preguntar a míster Kadur.

—Y ¿nadie alquila habitaciones en la ciudad?

Fathi comenzó a mover la cabeza como si quisiera quitarse algo que se le hubiera metido bajo el cuello de la camisa.

—Bueno, en realidad —dijo sin dejar de dar pequeños bandazos—, en realidad, yo tengo una habitación libre que a veces alquilo a estudiantes. Esto..., nuestro piso es grande para mi mujer y para mí, no tenemos hijos, ¿sabe?, así que si usted quiere yo podría enseñársela y usted decidiría..., si lo desea podemos ir mañana, o pasado, cuando usted me diga.

—Y ¿dónde está su casa?

—No lejos de aquí —y señaló un punto hacia el norte, en el monte Casiún.

—¿Podemos ir ahora?

—¿Ahora? —dejó de mover la cabeza y miró el reloj—. Está bien, quizá mi mujer no esté, pero podemos verlo de todos modos.

Cambió de dirección y torció por una calle más ancha dividida por un parterre que pretendía, sin lograrlo, impedir el paso de los peatones de una acera a otra. Una calle que según el plano se llamaba Al—Yala, aunque como supe más tarde todo el mundo la conoce por Aburrumani. Rodeamos una gran plaza y enfilamos por una avenida que subía por el monte Casiún, se metió por varias callejas y a media ladera, después de la Embajada de Rumanía —«Es muy importante que lo recuerde», me dijo, lo que entonces me dejó perpleja—, tomó una calle lateral y a los pocos metros detuvo el coche.

—Aquí es —dijo.

Fathi Alawi y su mujer Nayat vivían en el último piso de una casa de cuatro, en una calle tranquila con acacias en las aceras, paralela a la falda del monte Casiún, sin ascensor —casi ninguna casa lo tiene en Damasco— y un solo piso por rellano. En este barrio, a medio camino entre el residencial de las embajadas y las estribaciones del popular barrio Al Mujayirín así llamado porque en él se refugiaron los emigrantes de la guerra de Argelia, las casas están rodeadas de minúsculos jardines pletóricos de adelfas, mimosas y viñas vírgenes. La entrada del piso estaba llena de plantas y se abría a una gran sala con dos tresillos que daba a una terraza de tres metros de ancho y todo el largo del edificio, con parasoles y surtidor. La sala era el centro de la vivienda y todas las demás habitaciones se abrían a ella: el cuarto de matrimonio, un salón sin apenas ventanas que mantenían cerrado y a oscuras con una hilera de sillones arrimados a las cuatro paredes como el de recepciones del aeropuerto, una cocina grande con un sector para comedor con ventanas en arco y techo muy ornamentado, la despensa, un pasillo al final del cual había un lavabo con las estanterías em-

potradas en el muro y una puerta a cada lado: a la izquierda un retrete árabe, a la derecha un cuarto de baño grande con una ducha en el techo bajo, y mi habitación.

El cuarto no era muy grande pero tenía una inmensa cama de nogal con cuatro colchones delgados y compactos, almohadones, cojín, cabezal y una vánova de algodón blanco adamascado, un armario de luna, una cómoda, una mesa con un ramo de rosas damascenas y dos sillas. La ventana daba sobre los tejados y desde la terracita a la que se accedía por una puerta de persiana verde, se dominaba Damasco y el inmenso llano casi desértico que se extiende hasta Jordania. En aquel momento se pusieron a cantar los almuhédanos pisándose unos a otros en una plegaria común que llenaba el espacio. En la calle desierta un afilador hacía sonar la cuchilla sobre la piedra de afilar con una cantinela que repetía incansable.

Una mujer en la azotea vecina tendía la ropa y maullaban los gatos saltando por los tejados. El cielo radiante era azul, azul intenso de su propio azul, sin prismas ni suavizantes. El sol comenzaba a estar alto y hacía calor. El aire olía al perfume olvidado de las rosas.

Me senté en la cama tan alta que casi no tuve que agacharme, asombrada ante la claridad con que se me presentaba la decisión que había de tomar. Sí, quizá fuera precipitada, pero aquí me quedaría: había encontrado mi casa.